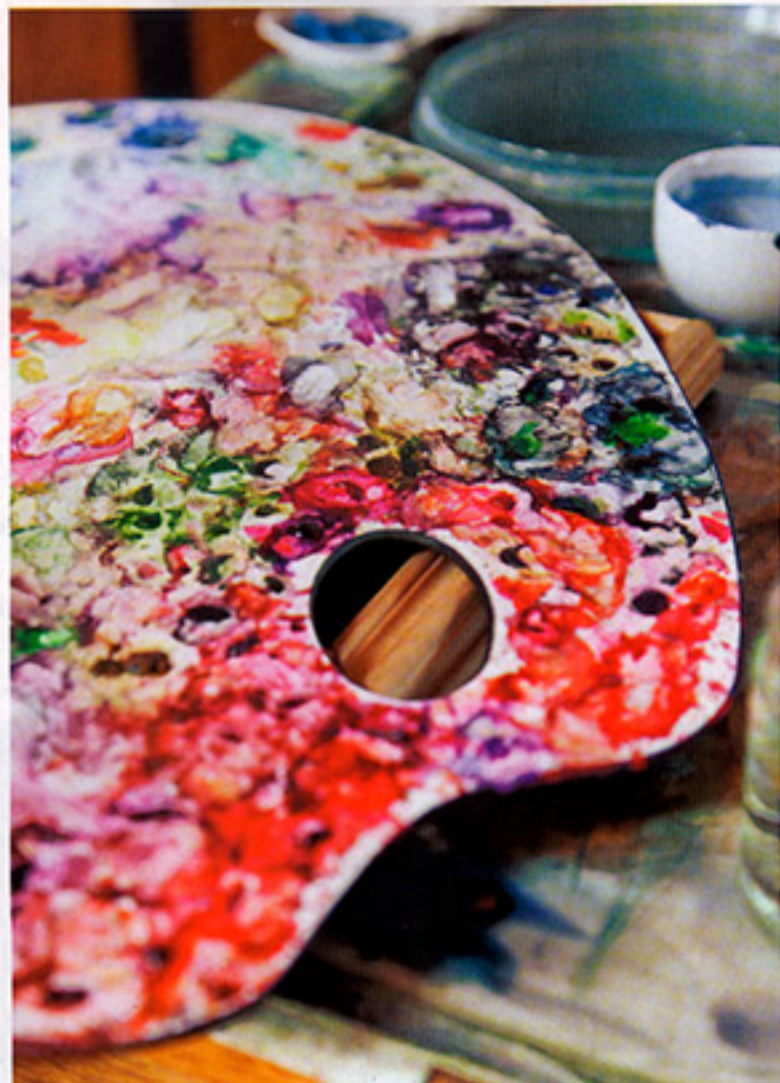




De repente, florece

Marina Curci es artista plástica. Desde que es chica tiene a mano un cuaderno para dibujar. Fue discípula de Guillermo Roux. Es solitaria y persistente.

TEXTO: CARMEN GÓIRALDES | FOTOS: MAGALÍ SABERIAN



Botánica, que se expuso en Ro Galería de Arte. "Es la humanidad, es el universo". Las acuarelas no cuelgan de las paredes sino que emergen de muebles que había en la casa de su abuela y que restauraron con esfuerzo.



Quiere entrar dos veces en el mismo río para registrar lo que no pintó antes. Está convencida de que un mismo paisaje es otro cada vez, y de que el trazo no será igual cuando se siente a pintarlo, como no es igual ella, incesantemente.

“Me gusta profundizar en el descubrimiento. Creo que, en ese sentido, la potencia del hombre es incalculable.”

¿Contemplar la naturaleza te hace sentir poderosa?

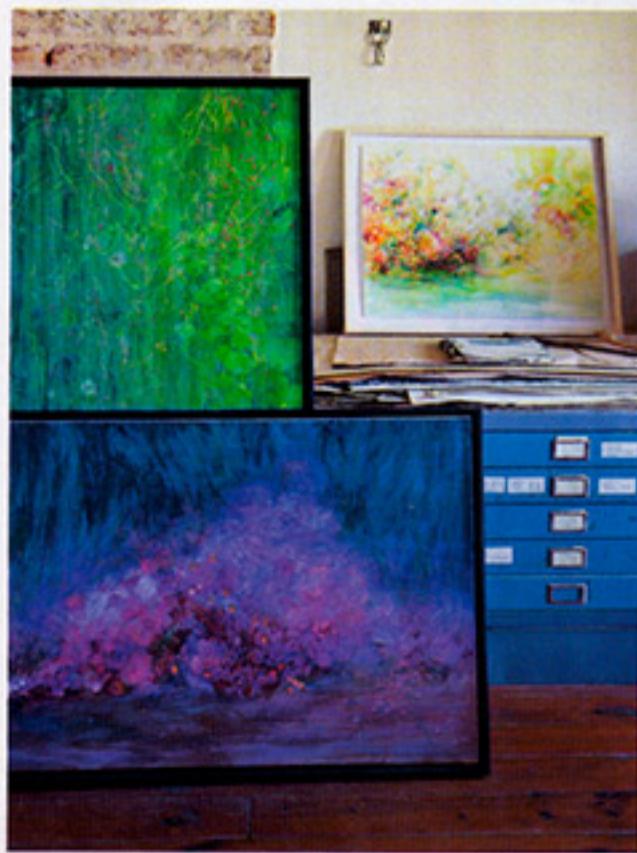
“No, absolutamente frágil. Cuando fui a la Antártida y pisé esos hielos ancestrales, enseguida pensé que mis años de vida, que para mí son todo, no son nada universalmente.” Para Marina la humildad es un acicate filoso. El origen del encuentro, el instante en que humaniza lo que ve y, cuando lo tiene, cuando destila lo que otros ojos apenas vislumbran, lo traduce en un torrente inquieto de papeles o de telas.

HIELO Y FLORES

“En el 99, Guillermo Roux, mi maestro, fue seleccionado para pintar un mural en el lobby del edificio del (otrora) Bank Boston, una construcción de César Pelli. Yo fui una de sus ayudantes. En paralelo, pedí permiso para

“Me dejo las canas y mi sobrina me pelea. Le digo que las cosas son como son”. Ah, ok, ¿entonces nunca serías cubista, por ejemplo? “Ahí entramos en otro terreno: en cómo ves las cosas”

Marina en su taller de Lanús. Sostiene uno de los cuadernos en los que también registra, pero por escrito. Abajo, la serie *Abismo* (“Me implicó el cuerpo entero”), un mueble regalo de su marido y un libro preferido.



instalarme en un rinconcito del piso 25, que tenía una vista única de la ciudad, el cielo y el río. Flotando en el agua estaba el rompehielos Almirante Irizar. Empecé a pintarlo y a soñar que viajaba en ese barco. Cuando inauguré la muestra *Piso 25*, invité a mucha gente. Al poco tiempo, un marino que la había visto me dejó una felicitación a través de su asistente. En el acto, le pedí una reunión. Fui con mi obra y le dije: 'Yo quiero pintar en el rompehielos, quiero desarrollar una obra a partir de eso'. Y en 2006 hice mi viaje".

Cruje mudo el hielo en las acuarelas de Marina. Cuando todo se hace uno, el cielo y el agua, da la ilusión de flotar. Un manchón índigo rompe el encantamiento, aunque ya no es mar ni otra cosa.

"*Antártida* fue, de algún modo, la reafirmación de mi carrera. Es como si, de repente, florecieran mil cosas que están adentro tuyo a las que sin darte cuenta les fuiste abriendo un camino. *Antártida* es un parámetro de plenitud."

La muestra más reciente de Marina Curci en la galería Ro se llamó *Botánica*, y fue curada por Olga Correa. "Siempre me fascinaron las flores. Esta obra la empecé hace tiempo, en una serie de viajes al sur", me cuenta, mientras miramos las acuarelas, que no están en las paredes sino apoyadas en muebles que pertenecieron a su familia y que, de nuevo, te espabilan.

CENTRO DE GRAVEDAD PERMANENTE

Mucho tiempo antes de recibirse en la Pueyrredón, Marina fue cooptada por el arte. Y más o menos todo en su vida gira en torno a la profesión. Si viaja todos los fines de semana en su camioneta (con Eduardo, su compañero de toda la vida) es para mirar el horizonte. Si hace tai chi es porque buscaba una disciplina que significara un bienestar para el cuerpo pero también una vía de autoconocimiento. "Vas entendiendo la potencia del tai chi cuanto más persistente sos." Tal para cual.

Tiene un taller en su casa y da clases de dibujo y pintura para adultos mayores en la Universidad de Lanús.

¿Tus alumnos dicen que sos buena profesora?

"Eso dicen. Creo que soy tan apasionada que puedo

"Cuando volví de la Antártida todos me preguntaban: '¿Y ahora qué, la Luna?'. No me alejaría de la Tierra, pero me gustaría ir a África, al desierto. Me interesan las situaciones extremas"

En el rompehielos Almirante Irizar Marina conoció el fin del mundo.

"Aprendí a pintar abrigada, con guantes; aprendí que el frío extremo congela la veladura y que hay un momento en que no podés seguir pintando." Abajo, en Ro Galería de Arte, Marina conversa con la galerista Roxana Olivieri y con Olga Correa, la curadora de su muestra *Botánica*.





generar una apertura en el otro. Además, estoy convencida de que todo el mundo puede expresarse a través del dibujo. Aunque, claro, hay que diferenciar entre hacer arte y ser artista, ¿no? Ser artista es una decisión de vida”.

Roux dijo de Marina: “Intuyo que, secretamente, la impulsa un sentimiento religioso, el que tienen los escaladores y los solitarios que se conmueven con el misterio de la naturaleza”.

¿Sos tan solitaria?

“Sí. Acá en el barrio me parece que no tengo muy buena fama. El sociable es Edu. Yo estoy como todo el tiempo adentro mío. Con decirte que el otro día salí, me encontré con una vecina y nos pusimos a charlar. Terminó diciéndome: ‘¡Ah, pero eras simpática!’”.

¿Cómo elegís una obra para regalarle a alguien? “Pienso en algo significativo de la relación. Si no hay, en algo que capté que le interesaba. Un amigo me dijo una vez que un buen regalo te tiene que doler”

¿Cómo buscás los paisajes que pintás? “En eso **tenemos un vínculo entrañable con mi marido** (en la foto con ella, almorzando en **Altri Temp**, un genial bodegón del barrio). A él también le gusta mucho la naturaleza. Hace un tiempo que salimos los fines de semana a recorrer las estaciones inglesas de Zona Sur. Es increíble, pero a 40 km de acá ya tenés un horizonte extraordinario”. Abajo, **Marina de compras en Artística Villalba**. “Cuando vengo, vengo sin horarios y me quedo dos horas mínimo. Me ceban mate, charlamos, me tomo mi tiempo para mirar cosas”.

